

un tercio mas que en aquella jornada, de modo que llegaban los suyos á triplicar el número de sus enemigos. Sin embargo, avistáronse los dos cuerpos en un lugar llamado Culloden, y al instante se trabó la accion general, en la que, amedrentados los montañeses, no atacaron con su acostumbrado ímpetu y valor. Perdióse de todo punto la batalla; y el Príncipe, herido levemente, se vió arrebatado por los suyos en la fuga mas desordenada. Perseguido por el vencedor y acompañado de solos cien oficiales, no tuvo otro recurso que arrojarse á un rio que por fortuna logró pasar á nado. Al saltar á la ribera opuesta oyó de léjos los gritos y vió las llamas en que perecian cerca de seiscientos montañeses en un lugar incendiado por el vencedor: ¡tal era el bárbaro furor con que los ingleses perseguian á los partidarios de sus antiguos Príncipes!

Nada es comparable con los peligros y desgracias que arrostró este desventurado Príncipe despues de la batalla de Culloden, á no ser que queramos compararlas con las que sufrió su tio Carlos II despues de la batalla de Worcester. Huyendo por do quiera con solos dos oficiales que eran de los siete que se le habian unido en Francia, se escondió primero en las ruinas del fuerte de Augusto, de donde salió poco despues acosado del hambre, y caminó cinco dias y cinco noches sin descansar un momento. Iba á pie, chorreando sangre la herida sin tener con qué bendarla, hasta que finalmente llegó por entre sus enemigos á un pequeño puerto llamado Arizaig al nord-ovest de Escocia. Aquí pareció que la fortuna queria consolarlo: dos buques armados en Nantes se

dirigian al mencionado puerto con dinero, soldados y víveres para el Príncipe; pero antes que aportasen le fue preciso salir de Arizaig por las continuas pesquisas que se hacian contra su persona. A corta distancia del puerto supo que habian arribado aquellos dos navíos, y que no encontrándole, hacian vela otra vez para Francia. Acabó de agravar su infortunio aquel contratiempo: era preciso huir de continuo á esconderse. Un irlandés, llamado Onel, oficial al servicio de España, que se unió con él en aquellas terribles circunstancias, le aconsejó que buscarse un asilo seguro en la pequeña isla Stornay. Entraron, pues, en una barca de pescador y consiguieron arribar á aquel lugar de refugio; mas apenas habian saltado á la isla cuando llegó un destacamento enviado por el duque de Cumberland, de modo que el Príncipe y sus tres amigos tuvieron que pasar la noche dentro de una laguna. Al amanecer volvieron á meterse en su bachel sin mas provisiones que un poco de aguardiente, y anduvieron huyendo de una en otra isla perseguidos por los soldados en tierra y por algunos buques en el mar, hasta que llegaron á la de Mull donde habia desembarcado el Príncipe la primera vez. Encontraron allí algunos socorros, y pudieron descansar por espacio de tres dias; pero asaltados nuevamente por las tropas de Cumberland les fue preciso aventurar otra vez su suerte entre las olas, no teniendo otra alternativa que, ó perecer de hambre, ó caer en manos del enemigo, ó tomar de nuevo tierra en Escocia. Acorrióles la fortuna en aquel último trance y lograron desembarcar donde querian.

Empero estaban aun muy léjos de llegar al término



y aun en la misma iglesia la Emperatriz Reina de Hungría, no fue coronada juntamente con su Augusto esposo ni tampoco en los dias siguientes. Alegáronse varias razones para la omision de esta ceremonia. Creyeron unos que habiendo recibido ya María Teresa las coronas de Hungría y de Bohemia, no debia recibir la del imperio que se acostumbraba poner sobre el hombro derecho de las Emperatrices para que no se pudiese juzgar esta accion como una falta del respeto debido á aquellas dos coronas: otros, y tal vez con mayor fundamento, juzgaron que aquella omision habia sido efecto de miras políticas, porque habiendo permanecido hasta entonces el imperio neutral en las guerras de la Reina de Hungría con sus enemigos, se hubiera juzgado anulada la neutralidad y amalgamados los intereses del reino y del imperio si María Teresa hubiera sido coronada como Emperatriz. Pero cualquiera que fuese la razon ó motivo, lo cierto es que la Emperatriz no fue coronada, sino que cinco dias despues de la coronacion de su Augusto Esposo, dejando en Francfort una eterna mémoria de magnificencia y piadosa liberalidad, pasaron ambos por Heidelberg á Ulma, donde se embarcaron en dos sobervios navíos, y llegaron felizmente por el Danubio á Viena.

80. Entretanto el nuncio de su Santidad que habia asistido á la dieta, espidió á Roma un correo con la noticia de la eleccion de Francisco I; poco despues recibió otro el cardenal Albani enviado por el mismo Emperador. Mas el Papa esperaba la notificacion en forma que acostumbraban remitir á la santa Sede los Emperadores de Austria por medio del nuncio pontificio en Viena,

con una carta imperial que se publicaba en pleno consistorio. No obstante esta costumbre, Francisco I, poco satisfecho de los nuncios de Francfort y Viena, envió á Roma al hijo del célebre marqués de Prié, para que entregase personalmente á su Santidad la carta de oficio; y de aquí nació que difiriese el Papa reconocer solemnemente al nuevo Augusto, pues solo al cabo de dos meses de la llegada del enviado imperial celebró Benedicto el consistorio en que dió parte al sacro colegio del reconocimiento que hacia entonces de Francisco I, no pudiendo dudar de la legitimidad de su eleccion. En el discurso que hizo entonces su Santidad en alabanza del César, dijo entre otras cosas, que reconociéndose la santa Sede obligada al cardenal de Lorena por el feliz éxito del concilio de Trento, al agosto abuelo de su Magestad por la liberacion de Viena, y á su padre por la pronta egecucion de la bula *Unigenitus* en los ducados de Lorena y Bar, esperaba confiadamente que la exaltacion al imperio de un Príncipe de tan benemérita dinastía, atraeria grandes ventajas á la Cátedra de San Pedro y á toda la Iglesia, y sería un medio poderoso para concluir la páz entre los Príncipes cristianos. Sin embargo esta páz estaba aun demasiado léjos, y no se concluyó sino despues de tres años del presagio del Pontífice.

81. Quedaron tambien frustradas las esperanzas que por aquel mismo tiempo habia llegado á concebir Benedicto XIV de la tan deseada reconciliacion de la iglesia cismática de Utrecht con la santa Sede. Aunque el partido seguia siempre en su misma obstinacion, como lo



declaró bastantemente el pseudo-arzobispo Meindartz, cuando por la muerte de Gerónimo Back renovó todos los actos de su pretendida jurisdicción, eligiendo primero vicario general y despues obispo de Haarlem al párroco de Amsterdam Juan Van-Stiphout, y consagrándole sacrilegamente á pesar de los breves que espidió con esta ocasion su Santidad en el discurso del año 1745 repitiendo contra el elector y el elegido los anatémas fulminados ya tantas veces, sin embargo, se habia esparcido en las Provincias-Unidas la voz de que se trataba sériamente sobre la reconciliacion de los ultrayectenses con Roma, y que no estaba ya léjos de verificarse (1). En efecto, hacia ya mas de dos años que habia principiado esta negociacion. Una carta de Nicolás Broedersan, párroco de Delft, dirigida al cardenal secretario de estado, manifestaba los mas vivos deseos de ver restablecida la páz en la iglesia de Holanda: aseguraba al mismo tiempo el padre Norberto, capuchino, en sus cartas desde los Paises-Bajos, haber observado en toda la mision las mas sinceras disposiciones para concluir la páz: el cardenal Neri Corsini se habia llegado á persuadir, por su correspondencia con dicho padre Norberto, que no ofrecia dificultad alguna el restablecimiento de la union; y finalmente el nuncio apostólico en Bruselas no cesaba de trabajar por todos los medios posibles y capaces de producir el deseado efecto. Movido el Papa por todo lo dicho, y deseando mas que otro alguno la estirpacion del cisma, erigió una nueva congregacion, compuesta de los cardenales Valenti, Corsini, Tamburini y Besozzi,

(1) *Mozzi lib. 4. §. 16.*

y presidió él mismo las conferencias. Decidió, pues, esta congregacion y propuso como condicion absolutamente necesaria que los cismáticos *suscribiesen sinceramente y sin restriccion alguna el formulario de Alejandro VII, y que aceptasen pura y simplemente las constituciones emanadas de la Silla apostólica contra los errores de Jansenio y de Quesnel, y especialmente la que principia por las palabras Unigenitus Dei Filius.*

No podia exigir menos la Silla apostólica, ni guardar mas consideracion con los refractarios, á cuyos pastores igualaba con los obispos católicos, no pidiéndoles sino lo mismo que habia pedido siempre á todos. No los obligaba á que abandonasen sus sillas: no pretendia que el capítulo de Utrecht reconociese su inexistencia: no trataba de imponerles las penas establecidas por los cánones: contentábase solamente con una sincera sumision á las decisiones de la santa Sede reconocidas por todo el mundo católico; porque Benedicto XIV, ansiando restablecer la union, olvidó enteramente los insultos hechos á la santa Sede, y no quiso reclamar los derechos del supremo sacerdocio para lograr así con mayor facilidad estrechar en el seno de la Iglesia católica á aquellos hijos extraviados. Pero á pesar de todas las condescendencias del Papa, se negaron los ultrayectenses á aceptar la única condicion que se les propuso, y rehusaron suscribir el formulario y la bula *Unigenitus*, de suerte que quedaron inutilizadas todas las negociaciones y se juzgó ya imposible la reconciliacion. No obstante, poco despues tornaron á repetir sus instancias: comenzáronse de nuevo las conferencias de la congregacion, en las



de sus desventuras. Caminando por la costa consumidos del hambre, rendidos de cansancio y hechos rajas sus vestidos de montañés, encontraron al amanecer una tierna doncella seguida de un criado jóven. Era ésta de la familia Macdonal afecta á los Stuardos; y Carlos, que la habia visto en otra ocasion, la reconoció al momento y no temió dársela á conocer. Tuvo entonces lugar la escena mas tierna y sensible: arrojóse la doncella á los pies de Eduardo abrazándole por las rodillas, y comenzaron todos á derramar abundantes lágrimas que se aumentaron considerando el peligro en que se hallaba su amado Príncipe. Permanecieron así largo tiempo sin tomar resolucion alguna porque todas eran sumamente arriesgadas, hasta que la jóven Macdonal aconsejó á Carlos que se ocultase en una caverna inmediata, de donde procuraria ella sacarle con seguridad. Tres dias estuvieron sepultados en aquel lugar oscuro é infecto, aumentándose en ellos la enfermedad que habia contraído el Príncipe de resultas de su herida, de suerte que vino á quedar todo su cuerpo cubierto de úlceras. Por último, la doncella Macdonal envió á su criado á la caverna para que dijese al Príncipe que era imposible permanecer en Escocia, y que procurase pasar á la isleta Benbecula donde le esperaria ella en casa de un amigo de entrambos; mas al llegar unos y otros á la isla por diferentes rumbos, supieron que aquel amigo acababa de ser apresado con toda su familia. Va entonces el irlandés Onel á descubrir el terreno, encuentra en una miserable choza á la heroína, quien le dice que puede salvar al Príncipe si consiente en disfrazarse con los

vestidos de su criada. No habia en verdad otro recurso. Sepárase Carlos de sus tres fieles amigos derramando un torrente de lágrimas, toma los vestidos preparados y sigue como criada á su heroína libertadora, con la que se refugia á la isla de Skie y á la casa de un gentil-hombre adicto á su partido. De allí á poco ven cercada la casa de enemigos; el mismo Carlos abre la puerta á los soldados, y habiendo tenido la dicha de no ser conocido á causa de su disfráz, huye solo abandonándose á todos los horrores de tan cruel situacion. Vióse reducido á tan estrema necesidad, que no tuvo otro recurso que presentarse en casa de un enemigo declarado diciéndole: „El hijo de vuestro Rey viene á pedirnos pan y un vestido. Os creo bastante virtuoso para temer que abuseis de mi confianza y de mis desgracias. Tomad este miserable disfráz, guardadle, tal vez un dia me lo podreis presentar en el palacio de los Reyes de la Gran-Bretaña.” Enternecióse aquel hombre como debia, socorrió á su huésped y le guardó un secreto inviolable. Huyendo siempre errante volvió aun el Príncipe á Escocia, recorrió los distritos de Lochabyr y Banedoch, donde supo que su bienhechora la jóven Macdonal habia sido arrestada, como tambien muchos de sus partidarios, cuyas listas de proscripcion llegaron á sus manos. En resolucion, habiendo pasado uno de sus primeros confidentes á la córte de Francia y espuesto á Luis XV el estado en que se hallaba Carlos Eduardo, le envió este Soberano dos fragatas en las que, despues de infinitos trabajos y peligros, logró embarcarse y regresar á Francia, donde si bien al principio encontró la acogida mas favorable y



propia para hacerle olvidar sus anteriores desgracias, tuvo tambien despues que sufrir las mas duras vejaciones. Porque el gabinete de Versailles, habiendo recibido como la primera y principal condicion de la páz con Inglaterra la de negar toda acogida y estrañar de sus dominios al hijo del Pretendiente, le mandó salir del reino; y resistiéndose Cárlos y reclamando las consideraciones debidas á su nacimiento y á su parentesco con la augusta casa de Borbon, fue por último aprehendido, atado como un criminal, metido en una cárcel y conducido á la fuerza fuera de Francia.

77. Hemos reunido todos los sucesos de la espedicion del Príncipe Stuardo, por no interrumpir el hilo de la narracion insertando otros acaccimientos que tuvieron lugar antes del fin de aquella tentativa, principiada en Enero de 1744 y concluida á mediados de 1746. En 20 de Enero del año anterior 1745 terminó el infeliz reinado del Emperador Cárlos VII, á quien vimos antes reducido á la mayor estrechéz por los egércitos vencedores de la Reina de Hungría. Despues de haber perdido en el primer año de su imperio sus conquistas y hasta sus dominios hereditarios de Baviera, vióse abandonado de todos los Príncipes de Alemania, sin esceptuar á su propio hermano el elector de Colonia: en el año segundo se le frustraron las negociaciones que habia entablado por medio de sus ministros en Londres, porque jamás quiso separarse de su mas fiel aliada la Francia: finalmente, en el tercero, despues de haber logrado algunas ventajas con el auxilio de tres Príncipes alemanes que se declararon nuevamente en su favor, quedó al fin de la campaña

concentrado en Munich, ocupando sus enemigos las plazas fuertes y cuasi todo el territorio de Baviera. Tantos reveses y disgustos agravaron rápidamente la enfermedad habitual que padecía desde su juventud, de suerte que unidos los dolores de la gota á las continuas aflicciones de su espíritu, le redujeron al último estremo en la fresca edad de cuarenta y siete años.

78. Conociendo el piadoso Emperador que se acercaba su término, se desprendió de todos los negocios del mundo para prepararse mas cristianamente á la muerte. Pidió que se le administrase el santo viático cuando podia aun recibirle con entero conocimiento, y dió en aquel acto todas las muestras de la piedad mas tierna y sincera. Hizo despues que se acercasen al lecho todas las personas de su familia y sus primeros ministros, en presencia de los cuales declaró á su hijo el Príncipe Maximiliano fuera de menor edad. Dióle en pocas palabras muchos consejos sábios y piadosos, recomendóle sobre todo que procurase dar cuanto antes á sus súbditos de Baviera una estable páz y tranquilidad. Habiéndole dicho en aquella ocasion la Emperatriz que le pedia, en nombre de Dios, una sola gracia, á saber, que se reconciliase sinceramente con la Reina de Hungría; „solo Dios sabe, contestó el Emperador, cuál ha sido siempre mi voluntad sobre este punto. A no haberme visto obligado por infelices empeños que el honor de mi dignidad no me ha permitido quebrantar abiertamente, hace ya mucho tiempo que lo habria renunciado todo para restituir la páz al imperio y gozar las dulzuras de una reconciliacion que no puedo ya esperar sino en la otra vida. Haced,



pues, saber á la Reina de Hungría mis sentimientos, y aseguradla que jamás la he hecho la guerra en mi corazón, y que Dios me es testigo de que muero reconciliado sinceramente con ella." Con estas demostraciones de verdadera y sólida virtud terminó Carlos VII su carrera, dejando á sus sucesores en el imperio la memoria de un Príncipe desgraciado mientras reinó, pero feliz en el lecho de la muerte por los sentimientos que solo puede inspirar la verdadera Religión.

79. Muerto Carlos VII no tuvo el esposo de la Reina de Hungría quien se atreviese á competir con él y aspirar á la vacante del trono imperial. Los electores de Maguncia, Tréveris, Colonia, Baviera, Sajonia y Hannover, estaban ya anticipadamente determinados á dar su voto al gran duque de Toscana Francisco Estévan de Lorena. La corte palatina y la de Brandemburgo, aunque sin proponer otro candidato, pensaban oponerse á la eleccion del gran duque, para lo cual esparcieron por toda Alemania una multitud innumerable de proclamas negándole los títulos y condiciones necesarias para ser elevado á la dignidad de Emperador; pero un escrito intitulado *Aviso patriótico*, destruyó las razones de aquellas dos cortes, y respondió á la principal objecion que se hacia al duque de que no tenia posesion alguna en Alemania y que por lo mismo carecia de voto en las deliberaciones de la dieta general; hizo ver que el esposo de María Teresa poseia en Germania el condado de Falckenstein, situado en los confines de la baja Alsacia y uno de los mas antiguos del imperio; y que como marqués de Nomeny, tenia voto en la dieta. No quedaba,

pues, otro obstáculo que impidiese la eleccion, sino el que encontraban los electores para reunirse en Francfort á causa de los egércitos franceses acampados en las inmediaciones de aquella ciudad, de suerte que era preciso oponer la fuerza á la fuerza. Así efectivamente se hizo. El gran duque salió de Viena para ponerse al frente de los austriacos y de las tropas confederadas de Wurtzburgo, avistóse con los franceses sobre las orillas del Mein, y les obligó á repasar el Rhin dejando en libertad al colegio electoral, y estacionándose en Heidelberg para esperar el resultado de la eleccion. Verificóse ésta unánimemente y con todas las formalidades acostumbradas el 13 de Setiembre de 1745, y aquella misma tarde recibió la noticia el nuevo Emperador. Cinco dias despues se celebró la fiesta de accion de gracias en el campo de Heidelberg á presencia de todo el egército confederado, y se cantó un solemnísimó *Te-Deum* al sonido de las músicas militares, entre el estruendo de la artillería y las aclamaciones de un concurso innumerable.

Señalóse allí mismo el dia 4 del próximo Octubre para la solemne coronacion, que debia celebrarse segun costumbre en Francfort. El dia último de Setiembre y el primero de Octubre llegaron á aquella ciudad los diputados de Aquisgran y de Nuremberg con los ornamentos imperiales, y se verificó en el dia señalado la augusta funcion con estraordinaria magnificencia, y sin que dejasen de oirse un solo momento las voces de *viva Francisco I, viva María Teresa*. Lo mas particular de esta coronacion fue que, á pesar de hallarse en Francfort